

CENTENARIO DE VEGA-INCLAN

«Cualquier tiempo pasado fué... diferente». Creemos que es una manía nuestra esta de la destrucción del tópico literario. ¿Mejor? ¿Peor? Establezcamos con nobleza que todo es diferente; que siempre es según el cristal con que se observa.

Cuando hoy leemos en «El Greco y Toledo», la ingente obra de síntesis, de don Gregorio Marañón, lo que eran, cómo eran, cómo funcionaban las Academias, quiénes eran los académicos, no podemos por menos que sonreírnos y llegar a la conclusión de que más bien reinaba la mediocridad.

Estamos satisfechos del tiempo que nos ha tocado vivir. Es nuestro tiempo, al menos, y al menos también hay que ser fieles a sí mismo. Estamos orgullosos; lo hacemos con complacencia el escribir y redactar la crónica y el reportaje de los acontecimientos de 1958.

Cuando un acontecimiento —homenaje a la memoria del Marqués de Vega-Inclán— en el primer centenario de su nacimiento inunda en su notificación la prensa diaria de España, sus revistas especializadas y semanario, cabe preguntarse: ¿Cualquier tiempo pasado...?

Un cronista como Juan Sampelayo redactaba para ARRIBA. «Arriba» y Sampelayo dijeron todo lo que había que decir. Otro, Marino Gómez-Santos —el del rasgo esquemático y rotundo de sus biografiados (para una hora como la que vivimos, de prisa)—, escribía para PUEBLO. José María Mazas, magnetofón en la cartera, tomaba para la Hispanic Society de Norteamérica todo lo español digno de ser llevado a los oídos de Ana Huntington; Clemente Palencia enriquecía las crónicas oficiales de Toledo, los archivos fáciles de un futuro que por él serán copiosos y fidedignos.

Clemente Palencia, exquisito de amistad, leyó las cuartillas de Mariano Rodríguez de Rivas.

Se celebraba en Toledo, en ese Toledo histórico, anecdótico



y turístico hecho por tanto *no toledano*, un homenaje. ¿Uno más? ¡No! Era el homenaje de los mejores a los mejores.

Don Benigno Vega vagaba este domingo por esa austera y desnuda capilla que preside el San Bernardino cretense, contento y feliz de verse con sus amigos. Conocidos y desconocidos de ayer y hoy, pero todos grandes soñadores, grandes hacedores, pues es lo mismo, del sentido histórico de una ciudad. Si una cosa no existe, pero es necesaria, se inventa. ¡Benditos los mágicos de la palabra!

Don Benigno Vega o la riqueza imaginativa. O la riqueza de la amistad, del amor, del descubrimiento. Con Huntington, con Mérida, con Cossío, con Villegas y con Cedillo, todos los del cuadro de Sorolla, incluido el pintor; recuerdo imperecedero de un Toledo que les debe «La Casa de el Greco».

Y es Marañón, prototipo del homenaje justo —homenaje con Marañón, homenaje de verdad—, el que dice: «Hay en nuestro refranero muchas sentencias que parecen discurridos para tener el pretexto de proclamarlos y no cumplirlos. Uno de ellos es que «quien no es agradecido, no es bien nacido»; y nunca hay motivos, sean del orden que sean, para olvidar este proverbio, que es uno de los mandamientos de la ciudadanía y el patriotismo».

A cumplir con este mandamiento acudieron la familia Marañón, Victorio Macho y su mujer (aquí está la gentileza de Sudamérica, como por el Norte está Ana Huntington), Jiménez de Gregorio —el grande enamorado de la Jara—, Rodríguez (sobran nombres al hablar de fotógrafos) historiadores gráficos de *nuestra ciudad*, alguna calidad más que en la de T. Wilder; el doctor Pérez Mel, Daniel Riesco, Esteban Infantes —José— y José Conde Alonso.

José Conde, el Corregidor, y naturalmente médico, por aquello del pulso de la ciudad, llamó a Toledo «novia del turismo mundial». (De Smetana no nos gusta «La novia vendida»).

Como era el homenaje al Marqués de Vega-Inclán —el de Toledo, novia recuperada—, todo nos agradó.

Y, desde luego, eso de «cualquier tiempo pasado...», es casi falso: las tertulias de hoy en «Los Dolores» o en «Roca Tarpeya», nada tienen que envidiar a aquella de Buenavista.

Loado sea el Señor.

F.

